

9-9-1989.

Querido Antonio, maestro y amigo:
Con emoción e interés leo en el part del jueves
cuatro de septiembre pasado la "lectura de vez no"
que bajo el nombre "Los ojos luminosos" se publica el
citado diario, en las páginas de opinión.

Me da decir que aparte de esa verdadera emoción
también he sentido un cierto orgullo y un secreto
revauche: ¡ya era hora de que esas páginas conde-
naran plémas que verdaderamente merecen la
pasa! ¡ya es hora de que la movida andalucía
o los escritores hispanomercatorales dejen un huequito
para aquellos escritores que tienen como tú, tanto
tanto que contar.

"Los ojos luminosos" tienen para mí un especial signi-
ficado en función de la veloz reverencia o quizá
la recelosa e inconsciente aversión que siento por
aquellas de las que tampoco "pronunciaré su nombre".
El sentimiento creo que me otula fuertemente, alior-
camente dado desde tiempos muy remotos.

Pero sin embargo también hay en tu relato
como en todos los tuyos esa profunda llamada de
la vida vivida, de la vida sabida de la
vida aceptada y curada.... "hoy que andaba
mi percepción de las cosas...." "Juego fue un dilema
como no he conocido nunca...." "las batallas no
falten nunca su decir esas con el cuerpo"....

Querido Antonio, como ya te he escrito al principio
tu relato me ha encantado. Por ello no soy muy
capaz de articular coherentemente lo que siento
y de expresártelo en esta carta. Me bastaría con
saber decírtelo con la pluma pero no es fácil. Por ello,
me conformaré con poder seguir conservando el
más tiempo posible, aquella ~~tu~~ dedicatoria del
libro "Los hijos de la I Guerra" en la que me
designaste como empañero y ~~al~~ más informativo.

Atte. cuando estéis en Madrid.
¡un favor!

Os quiero mucho a los dos

María Teresa